La concepción del 'yo' en las autobiografías españolas del siglo XIX: De las 'vidas' a las 'memorias' y 'recuerdos'

Francisco Sánchez-Blanco

El género autobiográfico es algo más que una fuente de datos históricos, de primera mano, facilitados por los únicos que pueden darnos informaciones fidedignas, acerca de las intenciones o motivos individuales que se hallaron en el origen de decisiones o de obras, con repercusiones sociales de interés. La autobiografía se debe estudiar también, en cuanto que es la aplicación concreta de las categorías intelectuales con que los individuos de una determinada época están en condiciones de comprender su propia realidad. En este sentido constituye un testimonio precioso para la historia de las ideas y, más concretamente, para la evolución de la idea del 'yo' en la tradición cultural española, sobre todo, como exponente de las nuevas actitudes humanas que acompañan la instauración del Nuevo Régimen.

Para aproximarnos a nuestro tema es necesario recordar que la unidad política e intelectual de los dos últimos siglos se resquebraja definitivamente a comienzos del XIX, cuando la sociedad se divide en patriotas y afrancesados, y, más tarde, en constitucionales y absolutistas, desembocando finalmente en las guerras civiles, que enfrentan el liberalismo al carlismo tradicionalista. Se suceden las alternativas triunfantes y las personas implicadas en hechos y acontecimientos de dominio público toman conciencia de su concurso en los cambios históricos y, en muchos casos, se ven precisadas a justificar sus acciones. «Uno de los síntomas más funestos con que se presentó desde sus principios la revolución de España, y que hizo formar, generalmente, el más triste pronóstico que podía tener la resistencia al inmenso poder de que se halló invadida, fue el haberse hecho sospechosas en la nación todas las reputaciones. El Consejo Real, en fin, todo hombre público que se hallase a la sazón en la alta jerarquía del gobierno. Todos trataron de justificarse, luego que pudieron, de los cargos que contra ellos se divulgaron en el público; y puede asegurarse que durante los seis años de guerra, los más se han quedado y mantenido con un concepto más o menos dudoso» [1].

La autopresentación, la apología, es la respuesta a la nueva instancia que juzga la personalidad: el público. Por eso no se trata de una rectificación ante Dios o la conciencia, sino ante la opinión pública que ahora se manifiesta en las sociedades patrióticas, en pasquines murales, en pliegos, en periódicos y en libros. Este público no tiene ya nada que ver con el que fundaba el honor y la fama en tiempos de Lope de Vega y Calderón. Es un público que juzga políticamente y que condiciona, por tanto, las ambiciones políticas y el poder social de los individuos en el Estado.

---

[1] AZANZA, MIGUEL JOSÉ Y O'FARRILL, GONZALO, «Memoria de D. Miguel José de Azanza y D. Gonzalo O'Farrill, sobre los hechos que justifican su conducta política desde marzo de 1808 hasta abril de 1814», en *Memorias de tiempos de Fernando VII,* T. I, ed. de Miguel Artola, BAE 97, Madrid 1975, p. 277.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes

Frente a la 'opinión' expresada en gestos o a viva voz en los siglos anteriores, el siglo XIX ve desarrollarse en España una 'opinión pública' basada en la palabra escrita. La conciencia individual sigue esencialmente preocupada por la imagen social casi como en la época de Calderón, y, sin embargo, en dos puntos se diferencia de la de aquellos tiempos. En primer lugar, los actos y las acciones que entran en consideración no pertenecen a la vida privada, sino a la actuación política, y, en segundo lugar, la opinión pública con la que se enfrenta la conciencia de sí mismo traspasa los límites de la corte o la ciudad y se presenta bajo la dimensión de la Nación o de la Historia. El 'yo' se define a sí mismo en relación al aprecio de la sociedad. En este sentido se puede hablar de un 'yo' aún no influido por el romanticismo.

La autobiografía se limita a ser una reacción de defensa ante la acusación tácita o expresa, ante la censura pública y la pérdida de la fama. En unos casos el acusado quiere dejar constancia ante el tribunal de la historia de la rectitud de sus acciones y del verdadero desarrollo de los acontecimientos; en otros se intenta cambiar el juicio de la opinión pública del momento para volver a recuperar la posición dentro de la sociedad; por último, el caso menos frecuente, el de Blanco White, intenta explicar a sus amigos la evolución de sus pensamientos para que así se comprenda el cambio de sus convicciones más íntimas.

Quizá la autobiografía más similar a la de Blanco White sea la del también clérigo Joaquín Luis Villanueva [2], que lucha en la fracción ilustrada de principios de siglo. Pero, a diferencia de Blanco, el drama de la conciencia propia se traslada al de la polémica ideológica: «Aunque esta que llamo vida literaria parece pertenecer a mí solo y a mis escritos, tiene relación con el estado de la opinión pública de España en materias religiosas y políticas...» [3]. Parte principal de su vida literaria es «... la manifestación de mi modo de pensar, así en materias políticas, como en las eclesiásticas sobre puntos opinables» [4]. Lo más interesante de su autobiografía son los datos concretos que aporta en su polémica contra el Tribunal de la Inquisición o contra los partidarios de las ideas absolutistas. Sin embargo, se le escapa lo específicamente individual en aras de la argumentación ideológica. Es quizá, por eso mismo, el mejor representante del intelectualismo de la corriente ilustrada, donde las posiciones ideológicas interesan más que los sentimientos íntimos. Villanueva se identifica con las ideas ilustradas y progresistas que él sostuvo públicamente, siendo su vida, en último término, un espejo viviente de la confrontación con los representantes del absolutismo político.

En otros casos, como el de García León Pizarro, el autor de las 'memorias' se autopresenta en la actitud del hidalgo moderno, que sólo admite el juicio de la propia conciencia y que renuncia aparentemente al honor en cuanto fama pública. La 'dedicatoria a sus hijos' contiene estos principios morales: «Las memorias de mi vida contenidas en estos tomos y los de los apéndices de documentos que se citan en ellas os ofrecen abundante materia a serias reflexiones. Veréis lo poco que vale el mundo y la injusticia con que ha tratado a vuestro padre; veréis la constante solicitud y firmeza con que se condujo en los difíciles momentos en que se vio y deduciréis que ningún sacrificio, ninguna pérdida puede equivaler a la satisfacción y seguridad interior que resulta de la confianza en la propia conciencia. Antes que todo es el honor y el decoro propio; con él se resiste impávido a los ataques de la maldad» [5]. Pero, inmediata-

[2] *Vida literaria de Joaquín Luis Villanueva,* 2 vols., Londres 1825.

[3] *Ibid.,* T. I, p. III.

[4] *Ibid.,* T. I, p. VII.

[5] García de León y Pizarro, José, (1770-1835), *Memorias,* ed. Alvaro Alonso Castrillo, 2 vols., Madrid 1953, pp. 1-2

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes

mente después, se le escapa que le interesa la defensa de su 'buen nombre', y, por tanto, no parece muy sincero su aborrecimiento del mundo. De hecho, cuando describe sus actuaciones sale a la luz la moralidad del 'privado' que sólo tiene por criterio el agradar a su señor. A él no ha llegado todavía la idea de la autonomía moral ni de la conciencia política del individuo propia del liberalismo. Es decir, nos hallamos todavía ante la idea barroca de la persona.

Encontramos también en esta época 'memorias' que apenas tienen nada de autobiográfico. En ellas el autor es testigo, pero al servicio de la fama de otros, desapareciendo casi en la narración de los acontecimientos, a excepción de algunas anotaciones sobre los sentimientos particulares que motivaron sus propias acciones, marginales respecto a la acción principal, por lo que apenas se puede hablar de auténticas autobiografías. De hecho, la limitación de las 'memorias' sólo a un período político demuestra que lo que interesa es salvar la fama o justificar sólo algunas acciones. «El interés que a todo buen español puede inspirar la muerte de nuestro joven monarca, me ha decidido a escribir estas memorias, como testigo presencial que he sido de las escandalosas escenas de Bayona sintiendo no haber dispuesto de más tiempo y medios para narrar todo lo ocurrido después» [6].

Las 'memorias' de los personajes que intervienen en la política de principios de siglo, como, por ejemplo, Escoiquiz, el Príncipe de la Paz y Espoz y Mina, aportan documentos y testimonios para hacer comprender la necesidad o el sentido de las decisiones tomadas. Sin embargo, hay en ellas algo más que un problema de fama, de aceptación o no del individuo en el contexto social. Lo nuevo es la conciencia de ser o de haber sido un factor decisivo de la historia y que esa misma historia es una instancia moral que implica juicios relativos: «Desde luego conviene distinguir muy bien las épocas, porque ellas y las circunstancias que las acompañaron fueron las que prescribieron la regla de nuestra conducta» [7].

Las primeras autobiografías del siglo XIX presentan la faceta común de que los hombres apenas si se ocupan de su interioridad. Las circunstancias políticas, el medio ambiente social, las impresiones testificales del descubrimiento de paisajes naturales o urbanos aparecen más importantes en los géneros próximos a la autobiografía que la vida en cuanto vivencia refleja. La intimidad busca su expresión primero en la poesía y, más tarde, en el género costumbrista. En este último, por ejemplo, aparece diáfanamente la conciencia del tiempo en cuanto que los cambios materiales y políticos de la sociedad van marcando las etapas de un espectador que vive conscientemente la dialéctica de lo que es y lo que fue. Sin esta perspectiva subjetiva el costumbrismo resulta inexplicable.

Con el aragonés José Mor de Fuentes, el género autobiográfico recupera un fundamento olvidado desde la época del Renacimiento. La conciencia de sí mismo culmina en la contemplación de las propias obras. Dejar constancia de sus trabajos, sólo por el convencimiento de la propia valía, es el motivo latente de la autopresentación, algo así como un homenaje o un monumento a sí mismo. Pero más que egolatría, lo que aquí se pone de manifiesto es la atención que el prerromanticismo concede a la realidad anímica individual. En el *Bosquejillo de la vida y escritos* [8], los datos biográficos

---

[6] AYERBE, MARQUÉS DE, «Memorias del Marqués de Ayerbe sobre la estancia de Fernando VII en Valençay y el principio de la Guerra de la Independencia», en *Memorias de tiempos de Fernando VII,* o. c., p. 229.

[7] AZANZA, MIGUEL JOSÉ Y O'FARRILL, GONZALO, «Memoria de D. Miguel José de Azanza y D. Gonzalo O'Farrill, sobre los hechos que justifican su conducta política desde marzo de 1808 hasta abril de 1814», *o. c.,* p. 280.

[8] Se imprimió por primera vez en 1836. Una edición más moderna es «Bosquejillo de la vida y escritos de D. José Mor de Fuentes», en *Memorias de tiempos de Fernando VII,* o. c., pp. 373-428.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes

están en función de demostrar su inteligencia y su cultura. El marco de valores en el que él mismo se inserta es ciertamente nuevo. Ni la santidad, ni el heroísmo y ni siquiera la importancia política son para él comparables con el reconocimiento de la sociedad de los sabios. Se puede considerar como uno de los primeros ejemplos de autobiografías de escritores escritas en la literatura moderna. Su *Bosquejillo* consiste en una escueta narración con los datos relativos a su formación intelectual, a sus inclinaciones, a sus decisiones en cargos públicos que desempeñó y a la historia de la gestación de sus escritos. Es la 'vida' de un burgués culto, satisfecho de sí mismo y de su currículum tanto en lo que se refiere a su intervención patriótica contra los franceses como a los productos de su pluma, siendo de éstos, sin duda, de los que él se muestra más orgulloso. Mor de Fuentes se presenta como un genio polifacético: lo mismo se dedica a la creación literaria que aprende y redacta escritos en lenguas extranjeras. Su afición por el saber le lleva a estudiar geografía y a proponer planes prácticos para mejorar regadíos, etc. En un siglo en que se han sucedido vertiginosamente las reformas de la enseñanza, Mor de Fuentes supone una afirmación de las ciencias positivas sin renunciar a la formación filológica.

Es interesante comprobar cómo el sujeto, Mor de Fuentes, considera perfectamente natural dar gran resalte dentro de la autobiografía a algo que parece propio de los relatos de viaje: la descripción de una gran ciudad. La impresión del mundo exterior sustituye al ensimismamiento o a la anécdota personal. El héroe de la autobiografía abandona progresivamente la perspectiva de la voluntad, deja de atender a las propias obras, para narrar lo vivido como puro observador y espectador. El 'yo' se identifica con el conjunto de las impresiones recibidas. Las sensaciones, lo que ve y lo que oye, y no los sentimientos o razonamientos se convierten en el objeto de la autodescripción. En esto se puede constatar la evolución hacia el género costumbrista, cuya forma autobiográfica es evidente. Los cuadros de costumbres son vivencias de un espectador, más o menos explícito en la acción narrativa, aunque sólo sea bajo la estilización de pseudónimo como 'El Solitario', 'El Curioso Parlante', etc. Se puede decir que las informaciones que Mor de Fuentes nos da de París tienen ya menos que ver con el currículum del erudito que con una escena costumbrista en la que el narrador se margina de forma sólo parcial. El 'yo' autobiográfico se contenta con la función de estar presente en acontecimientos cotidianos. En lugar de las dramáticas y polémicas autobiografías de los actores de la historia, ahora nos hallamos ante la descripción un tanto distante de alguien que se autoconcibe como espectador hasta de su propia realidad.

Con lo que el individuo se identifica es con las sensaciones fundamentalmente. Su vida es la secuencia de lo que sus sentidos percibieron. Las ideas, quizá debido a los frecuentes cambios políticos y a las continuas novedades científicas, no caracterizan la estructura mental de los hombres de la España decimonónica, si exceptuamos los casos de Blanco White y de Villanueva.

La identidad entre mundo exterior e interior no impide exponer una evolución interior paralela a la historia que ellos han vivido. Antonio Alcalá Galiano escribe sus *Recuerdos de un anciano,* publicados en 1878, no para sustituir al auténtico tratado histórico o para completar éste. Estilizándose en la figura del 'abuelito', que ha visto ya tantos cambios y que no cree precisamente en que todo tiempo pasado haya sido mejor, sólo pretende explicar el desencanto de la facción ilustrada que inició la revolución en España y que, poco a poco, perdió la fe en la razón debido a las derrotas que le infligieron la resistencia y volubilidad de las masas y el oscuro poder de las camarillas, las sociedades secretas y los partidos. Lo más auténticamente autobiográfico corresponde a los fragmentos en que se refiere a sus vivencias del exilio. El resto es

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes

una descripción más o menos detallista y costumbrista de las circunstancias históricas que provocaron su actual pesimismo y escepticismo.

A diferencia de las 'memorias' más tradicionales, el autor romántico no pretende corregir o profundizar la redacción de la historia oficial. La historia, más bien, está al servicio de la autocomprensión de los individuos, quizá porque éstos no tienen a mano otro instrumento intelectual para pensarse a sí mismos. La vivencia del tiempo domina sobre todas las demás y la historia se convierte incluso para la filosofía en el paradigma supremo del conocimiento. Por eso, cuando Ramón de Mesonero Romanos intenta exponer su vida en las *Memorias de un setentón* (1880), tiene que acudir necesariamente a la historia externa para ver en ella, como en un espejo, el desarrollo de la propia existencia.

Mesonero se autorretrata como un individuo de esa nueva clase que se ha ido formando equidistante del inmovilismo integrista y de los extremismos liberales en medio de las revoluciones políticas y las alteraciones sociales. Su biografía es la de quien ha tomado parte en la acción histórica, pero desde el patio de butacas y que, por no ser político ni personaje importante, dispone del observatorio más adecuado para contemplar ecuánime y verazmente la sociedad y a él mismo como parte de ella. «... Su ya oxidada pluma sólo puede brindar hoy con prosaica y descarnada narración de hechos ciertos y positivos, con retratos fotográficos de hombres de verdad, que le fue dado observar en su larga vida contemplativa, cómodamente sentado en su lunela (o sea, butaca) de segunda fila, o bien alternando en amigable correspondencia con los personajes de la acción, escondido tras los bastidores de la escena. ... sólo piensa ocuparse de aquellos pormenores y detalles que por su escasa importancia relativa o por su conexión con la vida íntima y privada, no caben en el cuadro general de la historia...» [9]. Mesonero va a narrar la historia, pero una historia con un carácter privado e individual, adoptando la perspectiva de la clase media acomodada, que no se ha entregado de corazón a las innovaciones, sino que añora el pasado y se considera celadora de lo tradicional.

Sus memorias dan razón del nacimiento de un nuevo tipo de español, que es él mismo, el cual surge como producto del derrumbe definitivo de los símbolos y valores del Antiguo Régimen y que, a través de los alborotos políticos, se va identificando cada vez más con el ideal de la 'moderación'.

Hemos visto que al costumbrismo le es esencial la perspectiva autobiográfica del narrador-testigo, del observador concreto y personificable. Sin embargo, cuando este 'yo' intenta presentarse a sí mismo, acaba viéndose no como un individuo, sino como un 'tipo' más de los que componen el cuadro social. En el autorretrato domina lo típico sobre lo individual, lo externo sobre lo interno y, en último término, la personalidad misma sólo resulta descriptible tomando la historia general como paradigma.

Aparte del inevitable paradigma histórico, el género autobiográfico en la España del siglo XIX, encuentra una dificultad de origen ideológico de la que se hace eco Mesonero: «Pero el escollo verdaderamente formidable con que se tropieza el autor de esta narración histórico-anecdótica, el obstáculo material que acorta y amengua el vuelo de su pluma, es la necesidad imprescindible, fatal, en que se encuentra de hablar en nombre propio, de usar del *satánico yo* (que diría su amigo Donoso Cortés) y haber de combinar en cierto modo los sucesos extraños que relata con su propia modestísima biografía» [10]. Por un lado, el romanticismo significa la exaltación de la

[9] MESONERO ROMANOS, RAMÓN, *Obras*, T. V, ed. Carlos Seco Serrano, BAE 203, Madrid 1967, p. 1.
[10] *Ibid.*, p. 2.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes

subjetividad; pero, por otro, la consiguiente reacción tradicionalista condena radicalmente la individualidad y propone, en cambio, el sentido común, entendido éste como el sentir tradicional de la colectividad. Mesonero, aunque al principio parece aceptar esta objeción moral, exclamará posteriormente: «Dejemos ya la narración afectada en tercera persona» [11].

Este testimonio demuestra que, aparte de establecer criterios formales para fijar una taxonomía de los géneros literarios, es preciso tener en cuenta el marco ideológico dentro del cual una autobiografía fundamenta las condiciones de su posibilidad. Es evidente que el individualismo de la filosofía romántica posibilita y fomenta la tematización del 'yo' en su dimensión histórica, mientras que la teología tradicionalista se muestra, primero, bastante escéptica frente a la eventualidad de un sincero conocimiento de sí mismo, y, segundo, pone todo el acento en los valores de una sociedad jerárquicamente estructurada según las normas de la Revelación positiva. Al individuo no le queda otro ámbito donde reconocer su ser singular que el de la responsabilidad moral; la historia externa, incluso en lo que atañe a la propia biografía, no se debe ver como obra de la voluntad humana, en cuanto que la razón última a descubrir es el designio providencial.

Arrogarse el propio 'yo' el carácter de ejemplaridad sería señal de orgullo y soberbia, lo cual es moralmente condenable. La autobiografía de Claret no nace espontáneamente de un deseo de autoconocimiento o de la práctica de la reflexión sobre la evolución personal, sino que es un acto de obediencia; pero está claro que la intención es hagiográfica: la de presentar la vida de un 'santo': «Habiéndome pedido el señor don José Xiré, Superior de los Misioneros Hijos del Corazón de María, diferentes veces de palabra y por escrito una biografía de mi insignificante persona, siempre me he excusado, y aún ahora no me habría resuelto a no habérmelo mandado. Así únicamente por obediencia revelaré cosas que más quisiera que se ignorasen...» [12]. Las categorías con que el santo puede narrar su propia vida están limitadas a la de ver la acción de la Providencia en cada uno de los sucesos que componen su existencia. Ninguna otra causalidad merece la pena de ser tematizada; la individualidad queda diluida en el plan de la Providencia y en la obra de la Gracia. Las inclinaciones juveniles, las decisiones posteriores y la actividad profesional sólo muestran el destino particular trazado por la voluntad inescrutable del que rige el universo y la historia. En cierto sentido se puede decir que es una vida en la que no hay evolución ninguna: en la niñez, en la madurez y en la vejez será el mismo objeto de la predilección divina y un ejemplo 'casi' perfecto de costumbres, porque en él la inclinación natural se identifica con la piedad y la moral de la Iglesia.

La simplicidad que resulta al excluir la responsabilidad humana de los acontecimientos de su vida, no deja de ser chocante para la sensibilidad actual: «La Divina Providencia siempre ha velado sobre mí de un modo particular. Mi madre siempre crió por sí misma a sus hijos, pero a mí no fue posible por falta de salud; me dio un ama de leche en la misma población, en cuya casa permanecía día y noche. El dueño de la casa hizo una excavación demasiado profunda para formar una bodega más espaciosa. Una noche, cuando yo no estaba en casa, resentidos los cimientos por motivo de la excavación, se hincaron las paredes y se hundió la casa, quedando muertos y sepultados en las ruinas el ama de leche, que era la dueña de la casa, y cuatro hijos que tenía. Si yo me hubiese hallado en la casa por aquella noche, habría seguido la suerte de los demás. ¡Bendita sea la Providencia de Dios!» [13] Sucesos parecidos acaecidos

[11] *Ibid.*, p. 182.
[12] CLARET, ANTONIO MARÍA, *Escritos autobiográficos y espirituales*, Madrid 1959, p. 179.
[13] *Ibid.*, p. 184 s.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes

más tarde, cuando tenía uso de razón, tampoco provocan en él ninguna duda en la bondad de la Providencia, sino que le confirman en la fe [14].

La diferencia con la autobiografía de Santa Teresa de Avila resulta patente. En ésta la 'vida' no es el anecdotario producido por una causalidad providencial, sino la exploración del alma. Los místicos del siglo XVI disponían de los medios para describir el mundo interior de la personalidad y no estaban obsesionados por mostrar lo sobrenatural a nivel de los sucesos externos, lo cual dejaba margen suficiente para mostrar las facetas humanas de una sensibilidad. En el siglo XIX, en cambio, parece que la progresiva laicización del saber y de la sociedad lleva a las hagiografías al extremo contrario; es decir, a ver causas sobrenaturales en cada situación y a silenciar expresamente las explicaciones naturales. Se puede afirmar que el irracionalismo de la filosofía de la historia, que se desarrolla en la teología tradicionalista de Juan Donoso Cortés, lo aplica Claret a su historia individual.

Otra filosofía del siglo XIX, el krausismo, en la que el 'yo' es concepto central, no ha producido, sin embargo, autobiografías. El porqué está claro. Una filosofía intelectualista concibe el 'yo' como un entendimiento cuyo contenido es el sistema conceptual en el que se ordena toda la realidad en cuanto pensada. Un 'yo' que tiene como atributo esencial el pensamiento, tiende necesariamente a ocuparse exclusivamente de las abstracciones teóricas, y renuncia, por trivial, a las contingencias que forman la historia particular de los pueblos y de los individuos. La historia del 'yo' tiene que significar para el krausista algo muy secundario, en relación con la comprensión de la integración de éste en el sistema de harmonías, en que se van englobando los seres singulares. Una autobiografía, una vida en sí misma, no puede tener sentido si no la contempla dentro de las unidades superiores de la que forma parte. Se puede decir, por tanto, que el krausismo, en cuanto concepción totalizante, no favoreció el desarrollo del género autobiográfico y que, más concretamente, la belleza abstracta que ellos predicaron no permitió tampoco dar categoría de producción artística a una autobiografía. El romanticismo, en cambio, seguirá promoviendo, hasta en sus últimos representantes, el género autobiográfico. Un cambio en la estructura mental es patente ya a finales de siglo, pues, mientras las 'memorias' antiguas se orientaban hacia la objetividad de la historia de la sociedad, y el individuo se comprendía dentro de ella como sujeto de percepciones, en José Zorrilla la atención hacia lo psicológico se irá acentuando progresivamente. La historia propia es reconstruible sobre la base de los recursos ahora no ordenados según la secuencia real de los acontecimientos, sino como surgen espontáneamente. La libre asociación de los 'recuerdos', aunque sea muestra de una personalidad un tanto desintegrada, tiene el valor de sacar a relucir las significaciones subjetivas.

Los 'recuerdos' de José Zorrilla [15] corresponden al género de la autobiografía del literato que se detiene, sobre todo, en narrar detalles y anécdotas de la gestación de las obras, de la acogida por el público, de la relación con editores, etc. Sin embargo, su propósito es diferente, anunciando repetidamente la intención de aprovechar estos artículos para comunicar la parte más íntima y profunda de su personalidad, lo cual, realmente, sólo lo logra exponer en los últimos capítulos en los que explica lo que significó psicológicamente para él la incomprensión paterna.

La intimidad se concibe ya en Zorrilla como una dimensión compleja y esencialmente distinta de las impresiones del mundo externo. En la autobiografía comienzan a jugar un papel factores como la aspiración, la frustración y la culpa. Este nivel «psi-

[14] Cfr. *ibid.*, p. 225.
[15] ZORRILLA, JOSÉ, *Recuerdos del tiempo viejo*, Barcelona 1880.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes

cológico» de la personalidad es más interesante para el que se autobiografía que el de los actos voluntarios.

A lo largo del siglo pasado se observa la lucha del individuo para lograr que la sociedad, o, al menos, el círculo de sus más allegados, acepte la identidad que los autores de la historia han construido ante la propia conciencia. La preocupación ante la opinión pública, que es quien juzga sobre la 'honra', es un reducto de actitudes tradicionales puestas en el contexto del siglo de las revoluciones políticas. La interioridad consiste en la confrontación de las propias actuaciones con unas reglas que, en unos casos, son reflejo de la moralidad cortesana, y en otros, son reflejo del momentáneo estado de opinión que producen los nuevos factores de la 'fama' en el siglo XIX, como son la prensa, los clubs y las logias. Una moral que ya no es tan abstracta, pues se fija antes que nada en el análisis de la historia real, pero que también se orienta hacia los principios del liberalismo o del absolutismo.

El descubrimiento de la interioridad en este siglo tiene unas características especiales. El sujeto olvida las categorías teológicas y pierde el horizonte de la transcendencia al observarse inmerso en el curso imparable de los cambios históricos. La identidad individual no se puede hallar en la continuidad del carácter, de las opiniones, de la posición social, sino en la experiencia misma de las guerras internas, la transformación de las instituciones y de las innovaciones que tienen lugar en las ciudades. El mundo interior es el reflejo de la turbación que surge al derrumbarse el fundamento del Antiguo Régimen. Desconcierto éste que se irá aplacando al contemplar la historia bajo la ley de la Providencia o del Progreso. Sin embargo, la autoobservación no logra constatar más que la sucesión de experiencias de las que él será testigo. Su interioridad se identifica preferentemente con las sensaciones, y la vida es el conjunto de ellas. Un paso ulterior será la identificación de la sensación con el recuerdo, admitiendo así la autonomía de un mundo interior frente a la objetividad de la sensación directa. Los recuerdos representan un redescubrimiento de la interioridad como ámbito propio, y ésto llevará en Santiago Ramón y Cajal a la aplicación de la psicología científica, a la exposición de su vida.

La memoria representa una forma de autocomprensión y, por tanto, es tan autobiográfica como puedan serlo los 'recuerdos' posteriores. En ambos podemos observar los presupuestos mentales y culturales con los que a un individuo le resulta posible describirse a sí mismo. La forma literaria corresponde a las formas de pensamiento de la época sin que se pueda decir que una es anterior a la otra.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. La concepción del «Yo» en la autobiografía e...
Centro Virtual Cervantes